

Catequesis en modo laboratorio

"El hombre de ciencia, testigo apasionado del misterio¹ »

La frase resaltada bajo el título de este artículo está tomada de una sección del *Directorio para la catequesis* titulada "La catequesis y la mentalidad científica²". Esta expresión contradice el principio positivista clásico de que cuanto más ciencia, menos fe, y viceversa. Rehabilita la noción de misterio y, por tanto, la posibilidad de revelación, a la luz de las propias ciencias, así como de la propia fe. No obstante, la expresión merece una mirada crítica.

Nos proponemos aquí, en primer lugar, exponer algunos aspectos esenciales del enfoque científico. Luego, en un segundo momento, cuestionaremos la fe en articulación con el proceso científico. Por último, trataremos de precisar los modos en que la catequesis puede ajustarse, de diversas maneras, a la cultura científica en la que está inmersa.

1. El enfoque científico

Al hablar del "hombre de ciencia", el Directorio llama inmediatamente la atención sobre el sujeto que participa en el proceso científico. Sin embargo, la formulación es ambigua, ya que parece referirse a una categoría de personas que se dedican a la investigación científica, mientras que otras no. En realidad, aunque no todas las personas tienen la misma relación con la ciencia, todas están vinculadas a ella. Por tanto, la expresión "hombre de ciencia" puede entenderse como una referencia al hombre del mundo actual: un mundo marcado por la ciencia, imbuido de la mentalidad científica y que ha optado por la racionalidad. Se trata de un ideal del que todos participan y hacia el que todos pueden tender.

El término "hombre de ciencia" también subraya acertadamente que no hay ciencia per se que esté separada de lo humano. La ciencia es una operación humana enraizada en lo humano. De hecho, todas las ciencias son humanas porque están hechas por hombres y para hombres en un contexto histórico y cultural determinado. Ciencia, humanidad y humanización son inseparables. El objetivo de la ciencia es hacer avanzar a la humanidad en el conocimiento de la realidad y mejorar, mediante sus aplicaciones, las condiciones de vida de la familia humana. Desde este punto de vista, la práctica científica requiere un discernimiento ético que garantice que no conduce a la deshumanización. En otras palabras, las personas son social y políticamente responsables, en el plano ético, de la elección de la investigación científica que emprenden y del uso que hacen de ella.

Vayamos al concepto de "misterio" del que el hombre de ciencia sería un testigo apasionado. El término, en singular, sin precisión, designa la totalidad de lo que es, a lo que pertenecemos, lo que nos precede, lo que nos sorprende, nos asombra y nos pone en búsqueda. Es el misterio del ser, de la vida, de la existencia. Que haya algo y no nada, en eso reside el misterio. Plantea cuestiones tanto filosóficas como científicas. El texto del *Directorio* no aborda el fondo del misterio, sino que subraya inmediatamente las actitudes, valores y prácticas que implica tener en cuenta el misterio. Citemos el *Directorio*: "El hombre de ciencia es un testigo apasionado del misterio; busca la verdad con sinceridad; está naturalmente

¹ *Directorio*, 358

² *Directorio*, 354-358

inclinado a la colaboración, la comunicación y el diálogo; cultiva la profundidad, el rigor y la exactitud del razonamiento; ama la honestidad intelectual³". Pero, ¿no se aplica esto a todos los comportamientos humanos? De hecho, más allá de una cultura y una mentalidad científicas que afectan a todos, lo que caracteriza el enfoque científico es la delimitación de un campo de investigación, el grado de minuciosidad, la fuerza del cuestionamiento, la experimentación y la necesidad de verificación. Dicho esto, no deja de ser cierto que el proceso científico requiere una capacidad de colaboración y comunicación con los demás. De hecho, el proceso científico está intrínsecamente abierto al diálogo. Ya se enfrente a un misterio, a lo desconocido o a un problema concreto, no puede pretender buscar la verdad y, al mismo tiempo, evitar la colaboración con otros investigadores o reservarse para sí los resultados de la investigación. La búsqueda de la verdad, en este sentido, es amistosa; engendra amistad. La verdad que se busca, podría decirse, es uno de los "bienes públicos"⁴ que, como los beneficios del sol o la belleza de una obra de arte, no disminuyen por ser compartidos. El hombre de ciencia, en el sentido estricto de la palabra, es particularmente el testigo y el actor de esta búsqueda de la verdad y en la verdad en un intercambio amistoso con los demás.

El significado etimológico del término "misterio" también puede arrojar luz sobre ciertos aspectos del proceso científico. "Misterio" es lo que enmudece, lo que deja sin palabras⁵. En efecto, el misterio nos trasciende y está más allá de nosotros. El lenguaje, ante el misterio, siempre parece bastante inadecuado. El lenguaje no puede contenerlo; siempre pierde su objeto. En este sentido, el misterio nos obliga al silencio. O, mejor dicho, nos hace hablar de un modo que se esfuerza por ser inteligible e inteligente, pero siempre, no obstante, de un modo que lo reconoce como inabarcable, no ausente, sino siempre inasible, no por defecto, sino por exceso.

Ante el misterio no se puede tener la última palabra; el misterio abre un discurso interminable. Así ocurre con las ciencias, debido, por una parte, a la riqueza de la realidad y, por otra, al aspecto siempre relativo, particular y limitado de los métodos de investigación. Las ciencias avanzan, progresan, son fiables y nos proporcionan un control técnico de las cosas. Podemos confiar en ellas. Pero si las ciencias progresan, es cuestionándose constantemente a sí mismas. Avanzan, muerden lo desconocido, pero multiplicando las preguntas. Una pregunta resuelta abre otras cien que no lo están. Por eso las ciencias hacen avanzar el conocimiento al tiempo que extienden el sentimiento de una realidad infinitamente compleja que, inevitablemente, desconcierta, sobre todo en la búsqueda de sentido.

Las perspectivas aquí expuestas son exactamente lo contrario de las derivas ideológicas del "reduccionismo naturalista y el científicismo"⁶". Ambos, según el *Directorio*, eliminan el misterio. El reduccionismo naturalista reduce la realidad a lo que puede ser observado y experimentado por la ciencia. El arte, la moral y las religiones parecen fruto de la imaginación y la creatividad humanas sin ningún fundamento real, porque lo verdaderamente real se

³ *Directorio*, 358.

⁴ Según la categorización de Gaël Giraud en su libro *Composer un monde en commun*, Seuil, Paris, 2022, p.26.

⁵ El término griego μύω significa cerrar la boca, no abrir los labios.

⁶ *Directorio*, 355

reduce a la materia. El científicismo, en cambio, disuelve el misterio en el sentido de que la verdad reside en lo que la ciencia descubre o descubrirá. Aunque nunca estemos al final de la búsqueda y quede lo desconocido, la verdad, según el científicismo, siempre está en el horizonte de la ciencia en progreso. No hay más verdad que la enunciada por la ciencia. Estas perspectivas son, por supuesto, rebeldes a cualquier idea o incluso posibilidad de revelación, que es fundamental en el cristianismo

2. El enfoque científico y el enfoque de la fe

"Los hombres imbuidos de la mentalidad científica se preguntan cómo puede combinarse el conocimiento científico con la fe ⁷». Esta pregunta, de la que se hace eco el *Directorio*, nos invita a considerar la relación que puede establecerse entre el enfoque científico y el enfoque de la fe. Lo importante aquí es eliminar cualquier posible contradicción entre ambos enfoques. Pertenecen a órdenes de discurso diferentes que pueden comprenderse y enriquecerse mutuamente en su propia autonomía, sin renunciar nunca, por ninguna de las dos partes, a una racionalidad abierta.

¿Cómo entender este acuerdo? Las ciencias experimentan y analizan la realidad tal y como nos viene dada. ¿Acaso no hablamos de los "datos" de la ciencia? Con ello queremos decir que existe un don primario, originario y constitutivamente misterioso que escapa a toda explicación científica. Aquí es donde el misterio cristiano puede entenderse como una lectura del misterio mismo. De otro orden, esta lectura no se impone, ni sustituye a la ciencia, ni deriva de ella⁸; se detiene en el don mismo para decir, con la autorización de la razón filosófica y/o de una tradición religiosa, que todo lo que se nos da y que la ciencia descubre es la expresión de un poder creador que algunos, como en el judeocristianismo, dicen que es personal y benévolo. "He aquí lo que os doy⁹", dice Dios.

"Misterio" y "revelación" son dos términos correlativos. El cristianismo se basa en la escucha - "la fe viene del oír¹⁰"-, en el reconocimiento de una revelación del misterio en el que estamos inmersos, sin caer por ello en la gnosis, en una pretensión de conocimiento que evacuaría el misterio, porque "Nuestras palabras humanas se quedan siempre cortas ante el misterio de Dios¹¹". La revelación, para el cristianismo, pertenece al orden de los acontecimientos que se producen en la historia y de las palabras que se escuchan a nuestros oídos: en este caso, la historia de Israel, el advenimiento de Jesucristo, su mensaje, los acontecimientos que le conciernen y el kerigma pascual. Así, el cristianismo se propone como "la revelación del misterio oculto desde siempre y revelado ahora¹²" en Jesús, el Cristo, confesado como el Salvador, el Hijo de Dios.

⁷ *Directorio*, 354.

⁸ Estas preguntas siguen vivas y controvertidas hoy en día, según el gran éxito de librería del libro de Michel-Yves Bolloré y Olivier Bonnassies, *Dieu, la science, les preuves. L'aube d'une révolution*, Guy Trédaniel editor, París, 2022. La obra tiende a poner la afirmación de Dios en línea con el enfoque científico.

⁹ Gn 1,29

¹⁰ Rm 10,17.

¹¹ Catecismo de la Iglesia Católica, 42

¹² Col 1,26

El hombre de ciencia, abierto al misterio, a la verdad y a la comunicación con los demás, no podría lógicamente negarse a priori a escuchar esta palabra y cerrar sus oídos. Excluir a priori la posibilidad misma de una revelación del misterio sería caer en el cientificismo y reducir la realidad a lo que el enfoque científico nos permite experimentar. Por el contrario, una cultura científica libre de cientificismo no descalifica el discurso religioso¹³, en este caso cristiano, en el ámbito de la comunicación y la búsqueda de la verdad, siempre que se preste a la distancia crítica y al debate democrático en una sociedad pluralista. Por su parte, la fe cristiana puede reconocer plenamente la positividad del enfoque científico y escucharlo para pensar y repensar lo que profesa. La historia demuestra cuánto se ha enriquecido la fe cristiana escuchando a las ciencias. Pensemos, por ejemplo, en las ciencias históricas o en las ciencias del texto, que han permitido inmensos progresos en la comprensión de la Biblia. Pensemos en las ciencias psicológicas, que han permitido afinar el sentido moral y las exigencias de la vida espiritual. O las ciencias sociales, que proporcionan una ayuda inestimable para reflexionar sobre el imperativo evangélico de la justicia.

Es a través de más ciencia y más teología como se han superado las querellas históricas entre ciencia y fe¹⁴. Y es también así como los enfoques de la ciencia y de la fe pueden, en el futuro, combinarse en un esfuerzo compartido, pero distinto, de racionalidad.

3. La iniciación al misterio cristiano en una cultura científica

Partiendo de nuestras reflexiones anteriores, preguntémonos ahora con qué medios puede ajustarse mejor la catequesis al universo cultural contemporáneo marcado por la mentalidad científica. Estos medios son múltiples y distintos. Pero es juntos, por su conjunción, como pueden eliminar, en la medida de lo posible, los obstáculos a la adhesión a la fe.

La primera vía se refiere a la concepción del proceso científico que se promueve en la catequesis. En primer lugar, debe promoverse una representación justa y positiva del proceso científico. El proceso científico puede ser reconocido como parte del plan creador de Dios y del propósito de salvación si está motivado por la preocupación por la verdad y la cooperación amistosa. En el proceso, se puede llamar la atención crítica de los catequizados sobre la responsabilidad ética de los hombres en la elección de la investigación científica y su aplicación en la sociedad. Los resultados de la investigación científica también deberían hacerse públicos en beneficio de todos. También convendría difundir la idea de que el enfoque científico, a menos que caiga en una ideología reduccionista, no disuelve el misterio de la vida. Sigue abierto a la posibilidad de una revelación en un tipo de discurso que tiene su propia

¹³ Jean-Marc Ferry, en su libro *Les lumières de la religion* (Bayard, 2013) rehabilita el discurso religioso dentro del debate filosófico. "Siempre que se vuelvan reflexivas y críticas y acepten las reglas del juego democrático, las religiones pueden aportar una valiosa contribución a la vida común, en beneficio de todos".

¹⁴ Por ejemplo, las disputas entre ciencia y fe engendradas por el heliocentrismo, el darwinismo, la teoría del big bang, etc.

legitimidad y validez. De este modo, se puede proponer el testimonio de fe de estudiosos e investigadores eminentes o cercanos.

Una segunda vía es conseguir que la catequesis, en todos sus contenidos y planteamientos, haga honor a la inteligencia y esté cualificada por la razón. No se trata de reservarla para los más inteligentes, lo que sería contrario al Evangelio, sino, en todo caso, de movilizar la inteligencia de los catequizandos, sea quien sea y sea como sea. La fe es libre; nunca estará al final de un razonamiento obligatorio. Por todo ello, la maduración de la fe en libertad no pasa sin el apoyo de la inteligencia. Para que la fe crezca, debe ser creíble o al menos plausible a los ojos de la razón, que se interroga. Estad siempre dispuestos a dar razón de la esperanza que hay en vosotros a quienes os la pidan¹⁵", escribe el apóstol Pedro. Así pues, crecer en la fe supone que nos esforcemos por dar razón de ella. Del mismo modo, los métodos de catequesis deben ser probados por los catequizandos como sensatos, pertinentes y gratificantes. En un mundo impregnado de enfoques científicos, una sesión de catequesis debería asemejarse a una práctica de laboratorio¹⁶, en la que se investigan y documentan cuestiones, se plantean y prueban hipótesis, y se comparten los resultados antes de plantear nuevas preguntas.

Por último, otra forma de ajustar la catequesis a una cultura científica se encuentra en la "mistagogía", que es, de hecho, una iniciación práctica al misterio a través de la práctica. El hombre de ciencia, preocupado por la exactitud del razonamiento, como ya se ha dicho, es también un artista, un enamorado, un apasionado de la vida. También al hombre de ciencia, quizás, e incluso por encima de todo, la fe cristiana debe ofrecerse para ser experimentada en un ambiente comunitario fraterno, comprometido y festivo. La propuesta cristiana puede experimentarse entonces como portadora de verdad, de bondad y de belleza. Se entra en la fe como se entra en una danza. Hay que abrir un espacio y tender una mano que invite a seguir y a unirse a la danza.

André Fossion s.j.
Centro Internacional Lumen Vitae (Namur, Bélgica)

Este artículo está tomado del libro de homenaje al profesor François-Xavier Amherdt (Universidad de Friburgo) con motivo de su jubilación: Salvatore Lolero, Elisabeth Parmentier, Isabelle Garessus (Dir), *Points chauds pour l'avenir de l'Eglise*, Ediciones San Agustín, San Mauricio, 2023.

¹⁵ 1 P 3,15-16

¹⁶ El concepto de "laboratorio" para pensar la catequesis no es nuevo en la tradición catequética. Ya en las conclusiones de la Semana Internacional de la Catequesis de Medellín en 1968, se esperaba que la catequesis realizada por especialistas, en conjunto con los institutos de catequesis, fueran "laboratorios y campos de pruebas" para investigaciones cuyos resultados se irán adaptando paulatinamente a la práctica ordinaria de la catequesis (ver *Lumen Vitae*, 1969, no. 1). *El Directorio para la Catequesis* (2020) habla también, en el contexto de la formación de catequistas, de la dinámica del laboratorio de formación donde se aprende haciendo (134,135, 149, 155). ¿No podría la propia práctica catequética ser parte de esta misma dinámica de laboratorio?